

son: la sal, que proviene de los lagos del contorno y de la mar, y algunos cereales suficientes cuando mas para el consumo doméstico. Entre las importaciones del Sur hallanse los frutos secos, azúcares, vidrios, telas, lana, ópio, etc., todo en pequeña cantidad. Suelen tambien importar de las costas de la Mandchuria grandes cantidades de habas y pastas de este mismo farináceo. Dudoso es que nuestras fábricas hallen en el Norte de la China un mercado importante para el cambio de sus productos de lana y algodón. En el bazar no se ven mas que algunos *calicots* de Manchester, asi como artículos de cristalería inglesa ó alemana, cuchillería, fósforos, etc.

Considerando la poblacion de Tien-Tsin bajo el punto de vista comercial y práctico, ocurre la duda, no de si los habitantes carecen de vestidos, sino de si tienen dinero para comprarlos. Las apariencias justifican las quejas de los chinos principales sobre la miseria de la ciudad. En ninguna parte he visto un pueblo mas sucio, ni mas digno de compasion, que el que generalmente habita en los arrabales: la corrupcion, las enfermedades... hé aquí la triste herencia de esta pobre gente. En las márgenes del rio pululan hombres que viven de rebuscos de los barcos ó de los desperdicios de la ciudad que arrastra la corriente. Habia precisamente en frente de nuestro yamun un remanso donde se detenian los gatos y otros animales muertos. Véase allí sumergirse una multitud de gente hambrienta buscando las partes mas delicadas de aquellos. Los vestidos de estos miserables consistian en un saco de estera ó tela vieja, que llevaban, no alrededor del cuerpo, si no á la espalda: difícil es adivinar con qué objeto, pues la decencia es cosa desconocida entre ellos, y el calor no es de desear en el mes de junio. Tampoco habia necesidad de ir muy lejos para encontrar enfermedades cutáneas tan repugnantes y monstruosas, que parecian un sarcasmo de la creacion y afectaban hasta los sentimientos menos delicados.

He visto en muchas ocasiones espirar algunos de estos desgraciados en el mismo sitio en que mendigaban. Una vieja en particular llamó mi atencion. Tenia la costumbre de tender sobre una estera en medio del camino su esqueleto debilitado é inmóvil: solamente le quedaba fuerza para recoger la limosna que se le echaba. Un dia sus fuerzas parecia que la abandonaban: la miré mas de cerca y... estaba muerta. Algunas horas despues volví á pasar y ya no estaba allí: su cuerpo habia sido arrojado á un muladar. En otra ocasion en que estaba yo en un extremo de la ciudad, ví pasar á un hombre que llevaba á otro en hombros: al principio tomé por un cadáver la carga; pero acercándome mas, observé en sus piernas, que le arrastraban por el polvo, una flexibilidad que me sacó de mi error. El hombre que lo llevaba era un barrendero de los que recogen por las calles los mendigos muer-

tos (algunas veces moribundos no mas) y los llevan á algun campo cercano, donde los abandonan á los cuervos y á los buitres. Ciertamente, si el chino que dió á Tien-Tsin el nombre de *Lugar Celeste* no se habia formado una idea mejor de una morada de dichas, ¿qué nocion, se pregunta uno, qué nocion tendria del lugar contrario?

Como para escarnecer la miseria de los vivos, los sitios mas bellos de las afueras de Tien-Tsin son cementerios. Hé aquí los únicos lugares adornados de árboles. Consisten generalmente en un espacio cuadrado de mas de 10 áreas circuido de una tapia de barro ó de un foso, representando con bastante exactitud la figura de un glacis de fortificacion en miniatura. Cada uno de los habitantes de esta necrópoli está enterrado bajo un montecillo como de la forma de un campanario. Espesas hileras de sauces ó cipreses rodean el cementerio, dándole una apariencia tranquila, pero fria, como los despojos que allí duermen.

## V.

Negociaciones políticas.—Partida de Tien-Tsin, 22 marzo 1861. —Cortejo y escolta del ministro de Francia.—Enfermedad de madame de Bourboulon.—Ciudades de Yang-Tchuen y Hos-si-Mu.—Llanuras de Tchang-kia-Uuang.—Descripción de Tung-Tcheu.—Puente de Pali-Kiao la noche despues de la batalla.—Apuntes retrospectivos.—El canal de Pekin.—Arrabales de la capital.—Curiosidad inmensa.—Trompetas tocando marcha.—Entrada por la puerta de Tung-pien-Men.—Llegada al palacio Tsing-Kong-Fu, cedido á la legacion.

Mr. y Mad. de Bourboulon pasaron tranquilamente en Tien-Tsin el invierno de 1860 á 1861, que fue muy frio.

En el estado de salud de Mad. de Bourboulon y en tiempo tan riguroso no habia que pensar en hacer el viaje á Pekin: por otra parte, se habian empezado negociaciones con el príncipe Kong, regente del imperio en ausencia del emperador, á fin de fijar una residencia definitiva en la capital á los ministros de Francia y de Inglaterra.

El mes de marzo de 1861 fue señalado por el gran deshielo del Pei-ho: una súbita crecida causada por la brusca elevacion de la temperatura, desligó las masas de hielo acumuladas en todo el invierno y por la noche unos crujidos terribles anunciaron el fenómeno.

¡Espectáculo grandioso y lleno de animacion! Véase agitar por todas partes antorchas y grandes linternas suspendidas á largas perchas de bambú, alumbrando los esfuerzos de los marineros y de la poblacion para preservar los barcos y sus enseres. El siniestro *tam-tam*, que es el toque de rebato en el país, resonaba en las calles demandando socorro á todos los hombres hábiles; gritos horribles, escitaciones reiteradas se hacian oír entre el dominante ruido de las aguas que

crecian mas y mas y el choque de las moles de hielo que la corriente empujaba unas contra otras. El dia, por fin, vino á alumbrar esta escena de desolacion. Algunos barcos se habian estrellado, y no pocas personas perecieron. Pero en este hormiguero de seres humanos, que se llama China, la vida no se tiene en mucho: las pérdidas materiales tienen solamente el privilegio de afectar la jovialidad característica de los chinos.

Entre tanto, la primavera volvia con todo su esplendor: era preciso pensar en la próxima partida é instalacion en Pekin, esa capital inmensa, casi desconocida, donde iba á residir en adelante el ministro de Francia en China.

Las negociaciones seguidas en el curso del invierno con el príncipe Kong, habian traído la cesion de dos antiguos *Fu*, ó palacios imperiales para establecimiento oficial de entrambos embajadores.

Los primeros secretarios habian ido anticipadamente con este fin, y Mr. Bouvier, capitán de ingenieros, se encargó de dirigir las reparaciones necesarias para hacer habitable el nuevo palacio de la legacion francesa, abandonado hacia mucho tiempo por el gobierno chino.

El 21 de marzo, Tchung-Heu, prefecto de Tien-Tsin, se personó en casa del ministro de Francia, sin aviso previo, segun costumbre, y le hizo saber que el príncipe Kong sentia mucho que su llegada y la de su colega inglés no coincidiesen con la vuelta del emperador, solemnemente anunciada para el 29 ó 30 de marzo. En su consecuencia proponia al ministro de Francia que partiese en seguida, ó retardase su entrada en la capital hasta los primeros dias de abril.

Era importante, vista la poca prisa del gobierno chino en admitir á los ministros extranjeros de Pekin, acelerar la instalacion; la salud de Mad. de Bourboulon se habia un tanto mejorado, y se fijó para la partida el dia siguiente 22 de marzo, segun el deseo manifestado por el príncipe Kong.

Tchung-Heu, satisfecho de la respuesta, anunció que habia recibido espresas órdenes para cuidar de que el viaje fuese con todas las comodidades y miramientos posibles, y que creia haber tomado las medidas necesarias.

Estas medidas estaban ya en vias de ejecucion: la mayor parte del bagaje habia sido trasportado por agua hácia Tung-Tcheu, bajo la custodia de un mandarin, y el 20 por la mañana Mr. de Meritens, secretario intérprete, habia partido delante acompañado de un mandarin de la categoría de sub-prefecto encargado de ayudarle á preparar los alojamientos en los puntos indicados para pasar la noche.

El 22 de marzo al medio dia, toda la casa del ministro francés se puso en marcha formando un tren considerable: dos sillas de mano y otra especie de

litera, un *britchka*, enviado de Pekin por el ministro de Rusia, que lo habia puesto obsequiosamente á disposicion de Mad. de Bourboulon, y un gran número de carretas para la gente del séquito, el transporte de los víveres y demás objetos necesarios para el viaje, exigian la presencia de treinta y seis faquines chinos, sin contar una multitud de coolies y trabajadores.

Una escolta de veinte caballos de artillería, al mando de un oficial, y ocho gendarmes destinados á la guardia permanente de la legacion de Pekin, formaban el respetable acompañamiento del ministro del emperador que iba montado, como el personal de la legacion, y seguido de los palafreneros que llevaban del diestro los caballos.

En fin, el prefecto de Tien-Tsin, para cumplir con los deberes de la cortesía, siguió en su silla hasta una legua de la ciudad, mientras que, por sus órdenes, oficiales de clase inferior precedian á caballo á distancia de una hora ó dos para anunciar la llegada del cortejo y cuidar de que nada faltara á los honores de la recepcion.

Sir Federico Bruce, ministro de Inglaterra, partió al mismo tiempo que Mr. de Bourboulon, con quien habia decidido hacer el viaje hasta Tung-Tcheu, última etapa mas acá de Pekin.

Como nunca sobran las precauciones con los chinos, y á fin de que la poblacion no juzgase que los extranjeros iban presos, rehusaron éstos toda escolta militar china.

Madama de Bourboulon iba tan enferma, que fue preciso conducirla en una litera donde acostada y sin fuerzas para moverse, hizo toda la caminata. La acompañaba su médico y se le habia preparado una tienda por si hubiera sido necesario detenerse: por fortuna con el cambio de aires y el movimiento del vehículo, logró por fin algun alivio.

Hay cerca de treinta leguas de Tien-Tsin á Pekin y determinamos recorrer el camino en cuatro jornadas iguales, para hacer menos cansado el viaje.

Saliendo de Tien-Tsin á Pekin, síguese una calzada ó via empedrada que se eleva muchos metros sobre el nivel de las llanuras laterales: puentes de piedra labrada dejan pasar de distancia en distancia los canales de riego que van á reunirse al Pei-ho. Este rio, ya por aquí mas estrecho, traza multitud de curvas y recodos en el verdoso valle por donde fluyen tranquilamente sus aguas. De trecho en trecho aparecen grupos de casas que forman aldeas de labradores.

A 17 kilómetros de Tien-Tsin está situado el pueblo de Pu-Kao, donde se para una hora. Tiene doce mil habitantes; pero como estos populosos grupos son tan frecuentes en China, ni aun siquiera se les llama ciudades.

Por la tarde á las seis, se llega á Yang-Tchuen,

ciudad antigua muy arruinada, donde solo hay que notar dos puertas monumentales abiertas á los dos extremos de la via, que forma una gran calle atravesando la ciudad de una á otra parte. Lienzos de muralla aislados por aquí y por allá; puertas con aspilleras un *yamun* en estado de ruina y abandono completo,

donde fue preciso pernoctar... tal es Yang-Tchuen. Al día siguiente se pasó mejor la noche en el poblachon de Hos-si-Mu y en un bello monasterio budhista, preparado de antemano por los cuidados de los mandarines de la vanguardia. Hasta allí el camino atravesaba una llanura escueta,



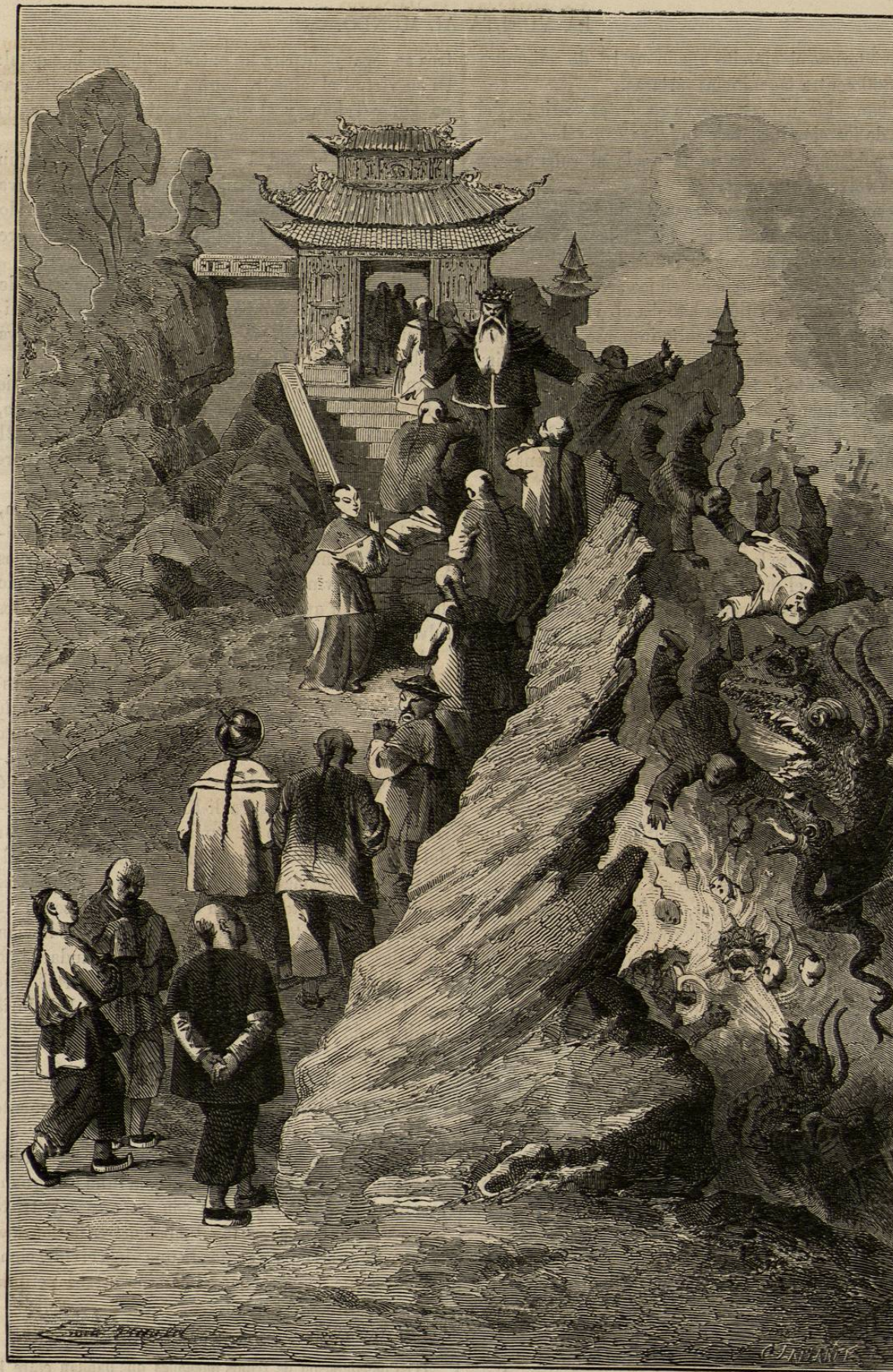
Vendedora china.

cuya monotonía no era interrumpida, sino por el curso del Pei-ho: el tercer día el paisaje era ya mas accidentado.

Un poco antes de Ma-Tao se ven grandes mogotes arenosos cubiertos de verdes bosquecillos. Ma-Tao, pequeña ciudad murada, se presenta en una situación pintoresca, encima de un gran collado por cuyo pie

pasa el camino: el pais está cubierto de árboles y vergeles.

El camino se separa aquí del rio y atraviesa una gran planicie rodeada por el canal que parte Tchang-kia-uang. Aquí, á consecuencia de la odiosa traición que habia costado la libertad ó la vida á los parlamentarios francés é inglés, dió su primer com-



El camino del cielo, cuadro de una pagoda en Tien-Tsin.

bate victorioso el ejército aliado en 18 de setiembre de 1860 contra las milicias tártaras.

Tchang-kia-uang conserva recientes vestigios del paso de los ejércitos: hay muchas casas destruidas, y la población dispersa no ha osado al cabo de seis meses volver á sus hogares.

Después de un penoso trayecto de 50 kilómetros por un camino malísimo, los viajeros vieron al oscurecer la gran ciudad de Tung-Tcheu.

El cortejo debió detenerse en los arrabales, porque no se sabía en qué sitio se hallaba el yamun preparado para pernoctar: un gentío inmenso, atraído por la curiosidad, rodeaba los carruajes, sin mostrar ningún sentimiento de repulsión ni antipatía, y se apartaban dócilmente al menor gesto de los soldados de la escolta, á los cuales, por otra parte, se les había recomendado evitar toda apariencia de amenaza ó rigor.

Llegó, en fin, el mandarin que servía de guía, y les llevó por sitios lejanos del centro de la ciudad impracticable para los carruajes á causa de angostura de las calles y el mal estado de las baldosas con que están empedradas. Después penetró por un populoso barrio que se estiende á la orilla del canal de Pekin, llegando bien entrada ya la noche, al palacio militar designado para habitación de los viajeros.

En Tung-Tcheu como en las demás paradas, las autoridades locales se apresuraron á presentar sus respetos y ofrecer sus servicios á los *grandes mandarines del Occidente*; pero los intérpretes habían recibido órden de rehusarlo todo, salvo el combustible y el forraje. Verdad es que la multitud de chinos que acudieron bajo diversos pretextos á ponerse á disposición de los extranjeros, ofrecía un gran contraste, por su codicia y exigencias, con la generosa hospitalidad de los mandarines superiores.

Tung-Tcheu es una gran ciudad de 400,000 almas unida á Pekin por una vía de 12 kilómetros. Está asentada en un brazo del Pei-ho canalizado y en un vasto canal que permite traer hasta el río las mercancías de la capital.

El origen de Tung-Tcheu se pierde en la noche de los tiempos: es una de las ciudades más antiguas de la China. Sus altas murallas, la estrechura de sus calles, el movimiento de su población, la multitud de sus págodas, sus grotescas esculturas, sus pinturas de vivos colores, todo hace recordar el aspecto de Canton.

Verdaderamente, no es esta ciudad sino un suburbio de Pekin, al cual se une por una serie de casas y construcciones.

Mr. de Bourboulon encontró aquí á Mr. de Meritens que volvía de Pekin, á donde había ido la víspera para anunciar la próxima llegada de la legación.

Convínose en que era lo mejor, que los dos minis-

tros se separasen para no entrar juntos en la capital: en su virtud el ministro inglés se detuvo un día más en Tung-Tcheu, y el día siguiente 22 de marzo, el francés se puso en marcha hacia Pekin.

Al salir de la ciudad se toma y sigue por algún tiempo una vía embalsada, que costea el canal y va á salvarlo por el puente de Pa-li-Kiao, que ha venido á hacerse célebre por la batalla del 21 de setiembre del año anterior.

La llanura de Pa-li-Kiao está cubierta de sotos, de grupos de casas de campo, de pequeñas págodas unidas entre sí por hileras de verdes árboles, á cuya sombra se elevan sepulcros numerosos.

Aquí fue donde el Sen-Guang-San-ko-lit-zin, tío del emperador y el general más famoso del imperio, había resuelto destruir el pequeño ejército, que el 21 de setiembre de 1860, marchaba audazmente sobre Pekin.

Veinte y cinco mil hombres de caballería tártara, considerados justamente como los soldados más intrépidos de la China, y sostenidos por numerosos cuerpos de indígenas, vinieron á estrellarse contra un puñado de europeos, á quienes no pudieron alterar sus gritos salvajes, ni aun sus arrojadas y repetidas cargas.

A pesar de su número y arrojo, aquellas hordas indisciplinadas no pudieron desbaratar á nuestros escasos batallones y el cañón dió cuenta bien pronto de sus flechas, lanzas y enmohecidos sables. Derrota espantosa! Los jefes militares y todos los valientes del Tcha-Kar de la Mongolia (1) fueron á rehacerse al puente de Pa-li-Kiao, donde San-ko-lit-zin había enarbolado su bandera: entonces, á pesar del fuego cruzado de la artillería aliada que los enfalaba, y que diezmaba á cada disparo aquellas masas de hombres amontonados en un solo punto, se les vió á pecho descubierto, en medio de las balas que llovían de todas partes, agitar sus enseñas en audacísimo reto y permanecer durante una hora mortal bajo aquel fuego creciente, hasta que la última bala hirió al último de los combatientes, combatientes imperitos pero heroicos.

No se puede formar una idea, me decía un testigo ocular, del terrible espectáculo que ofrecía el puente de Pa-li-Kao después de la batalla.

«La noche se había oscurecido más por las nubes de humo que llenaban el horizonte: la luna menguante alumbraba á la izquierda con su escasa y triste luz, los gigantescos leones y los balaustres de mármol blanco, extraños monumentos de una vieja civilización, mientras que la derecha del camino estaba perdida entre densísima oscuridad.

(1) Confederación de tribus mongoles que habitan entre la gran muralla y los Khalka: contribuyen al ejército con ocho banderas.

Sin embargo, el fuego oculto se propagaba sordamente.

La infantería china lleva en bandolera como los circasianos, cierto aparato de madera, donde tienen las cargas preparadas de antemano; una mecha de nitro rodeada al brazo y siempre encendida, sirve para inflamar la pólvora de la cazoleta. El fuego se había comunicado al vestuario con que estaban cubiertos los cadáveres de aquellos desdichados. De vez en cuando flameaban dejando ver escudos de mimbre con cabezas monstruosas, mosquetes apoyados aun en sus horquillas, plataformas de artillería, afustes desmontados, sacos de pólvora colocados en cestas, flechas, arcos, arcabuces, estandartes agujereados por la metralla... Después, cadáveres horriblemente mutilados; peones con su uniforme oscuro con rojo bordado y el número de sus batallones, grabado en círculos blancos sobre pecho y espalda; tigres de la guardia, cuyo uniforme es rayado de negro y amarillo, y cuya cabeza cubierta de una máscara representando al diablo con boca y nariz rojas; ginetes, en fin, de la bandera mongólica, debajo de sus caballos despedazados por las balas, y vestidos con ricos trajes de raso.

Paréceme ver aun en medio de todos aquellos cadáveres, el de un mandarin militar muerto sobre la balaustrada del puente: tenía en la mano izquierda su bastón de mando de jade blanco, y en la derecha la bandera verde que tremolaba tan audazmente cuando le hirió la metralla; su rostro contraído, su boca, abierta aun para proferir imprecaciones, resaltaban con una espresión terrible.

Otro incendio más voraz y alimentado por materias más inflamables, tenía lugar en las casas de la ribera opuesta; incendio producido por los obuses que habían ido á desalojar á sus últimos defensores. Las aguas del gran canal reflejando sus rojizas llamaradas corrian á mi afectada vista, como un río de sangre.

Y á esta luz siniestra, se veían sombras silenciosas moverse en el campo... eran los vivos, que venían á despojar á los muertos.

Los merodeadores chinos que seguían á cierta distancia al ejército europeo, como los chacales al león, se deslizaban en las tiendas abandonadas, deshacían los sacos de efectos y cortaban las bolsas colgadas á los cenidores de seda.

La recolección no debió ser mala para los rateros, porque el ejército imperial había recibido su paga la víspera del combate, y había una inmensa cantidad de *sapeques* en las tiendas y sobre los cadáveres.»

A pesar de las supersticiones de tradición y carácter, los chinos no vieron en este montón de humanos cuerpos calcinados, en el vapor nauseabundo que se exhalaba de esta carnicería humeante, una ofensa á la diosa tutelar de la fe jurada, una hecatombe expiatoria al derecho de gentes, indignamente violado

por ellos, tres días antes, el 18 de setiembre. El orgullo rencoroso de la raza habló más alto en sus almas que la religión y la conciencia y fueron menester lecciones más duras, la fuga de su soberano y la ocupación de la capital, para obligarles á simular su arrepentimiento delante del extranjero y á ofrecerle cumplidas reparaciones.

Ha afectado mucho y con razón en Europa el acto de perfidia á que aludimos y que costó la vida á diez y ocho europeos ó indios de los treinta y seis que fueron víctima de aquella. Numerosas versiones se han hecho y publicado: acaso no se sienta encontrar aquí otras más, cuyo origen garantiza completamente su imparcialidad.

Es la *Relación de dos sacerdotes chinos al barón Gros, sobre el arresto de los comisarios aliados en Tung-Chao*. La transcribimos textualmente del libro oficial que acaba de publicarse.

«El 18 de setiembre el ejército chino en que había poco más ó menos, cuatrocientos tártaros cristianos, era mandado por el Sen-Guang (San-ko-lit-zin) por Tuiline, por Tchen-pao y por otros jefes. Parece que el ministro de la guerra Muh-ine, fue quien dió el consejo de arrestar á los europeos que iban á abandonar Tung-Tcheu y el príncipe Tsai que dió la órden para ello, irritado, según se dice, por la actitud y palabras de Mr. Parkes, comisario intérprete inglés, que fuera de sí durante la discusión, hubo de derribar una mesa cubierta de porcelanas y romperlas en mil pedazos.

Dos europeos han sido muertos en Tung-Tcheu; otros dos no han sido conducidos á Pekin como sus compañeros de infortunio y han quedado por superior mandato cerca del general Tchen-pao, que los trataba bien. Uno de ellos hablaba el chino y en él instaba al general á ir al campo de los aliados á tratar la paz. Pero este jefe, que había sido herido en el cuello, viendo al ejército aliado avanzar, hacia el puente de mármol (Pa-li-Kiao) los mandó decapitar sobre el mismo puente, haciendo arrojar sus cuerpos y cabezas al canal.

Cuatro europeos llegaron luego á Pekin en carros, otros seis fueron conducidos á pie; en fin, vinieron á caballo por la tarde. Dicese que uno de ellos consiguió escaparse por la ligereza de su caballo. Los otros veinte y tres conducidos á Pekin fueron agarrotados, con los pies y las manos atados juntamente por detrás; y en esta posición humillante muchos de ellos fueron llevados por dos hombres, que les pasaron un palo por las ligaduras. Ya se conciben los dolores y los gritos de estos desgraciados. Por un refinamiento de crueldad difícil, de creer, mojaban las ligaduras para apretarlas más, rehusando humedecer sus labios con esta agua que pedían los infelices con gritos penetrantes: algunos paganos conmovidos y lastimados de las víctimas, echaban en cara á los eje-